

La autonomía universitaria: garante de la calidad docente e investigadora

¿Qué es una universidad si no es un lugar donde lo verdadero se busca, se discute, se transmite y se transforma en horizonte compartido?

Quiero invitarles a reflexionar sobre el **valor de la excelencia**, no como un adorno o una métrica externa, sino como una **virtud intelectual y moral** que debe vertebrar nuestras prácticas académicas, especialmente en la investigación y la docencia. Y quiero hacerlo con una convicción clara: **investigar y enseñar no son funciones separadas, sino actos convergentes de una misma búsqueda de sentido.**

Vivimos en tiempos donde la palabra "excelencia" corre el riesgo de vaciarse. Convertida en eslogan, en un indicador clave de rendimiento, en instrumento competitivo, muchas veces se aleja de su raíz más honda. Pero si volvemos a la etimología griega, *areté*, nos recuerda que la excelencia no es una condición, sino una disposición del alma. Una forma de vida, de práctica sostenida hacia lo mejor que podemos ser. Una virtud.

Como decía Aristóteles, *"somos lo que hacemos repetidamente. La excelencia, entonces, no es un acto, sino un hábito"*. En este sentido, la excelencia no debe entenderse como el privilegio de unos pocos, sino como **una ética de la atención, del rigor y del compromiso**, al alcance de toda persona que cultive con seriedad el conocimiento.

Hannah Arendt afirmaba que educar es un acto profundamente político, porque implica asumir responsabilidad por el mundo frente a los nuevos que llegan. En la universidad, esa responsabilidad se manifiesta doblemente: **en la investigación que explora lo posible y en la docencia que forma para lo real.**

Pero ¿por qué hemos permitido que estas dos actividades se separen, cuando ambas surgen del mismo gesto fundacional: el deseo de comprender y de compartir? Investigar sin enseñar es amputar el impacto social del conocimiento. Enseñar sin investigar es convertir la universidad en repetición sin fundamento.

Necesitamos, por tanto, **superar esa escisión moderna**, como diría Edgar Morin, entre el “saber que se acumula” y el “saber que se comunica”. La excelencia universitaria hoy exige esa convergencia. Exige pensar en red, en ecosistema, donde la cátedra no esté lejos del laboratorio, ni el aula de la sociedad.

Nuestra universidad, la ULPGC, no puede contentarse con formar profesionales competentes o publicar artículos en revistas indexadas. Eso es importante, sí, pero no suficiente. La universidad debe ser, por encima de todo, **un lugar de sentido**, donde se interroga no solo el “cómo” de las cosas, sino el “para qué” y el “con quién”. En este sentido, la excelencia no puede ser evaluada solo desde los indicadores, sino desde su capacidad de **generar vínculos, impacto ético, pensamiento crítico y transformación social**.

Como recordaba Jacques Derrida, *“La universidad debe ser el lugar donde se puede decirlo todo, incluso aquello que incomoda”*. Pero decirlo con fundamento, con método, con apertura al diálogo y con responsabilidad y respeto.

Por todo ello, en la ULPGC hemos organizado un acto institucional, justamente para reforzar con decisión una visión estratégica: **premiar la excelencia que une, no la que divide**. Que estimule la colaboración entre grupos de investigación y departamentos docentes. Que reconozca trayectorias académicas integradas. Que dé visibilidad a quienes investigan con vocación pedagógica y enseñan con curiosidad científica. Que sirva al conjunto de la comunidad.

Con este propósito, la ULPGC impulsará nuevas líneas de **apoyo a proyectos docentes con componente investigador real y viceversa**; reformas en los modelos de evaluación del profesorado para **valorar mejor la convergencia y no solo la especialización aislada**; y el reconocimiento institucional no solo a la producción cuantitativa, sino a los **impactos educativos, éticos y sociales del saber**.

En otras palabras: **no buscamos solo productividad, sino profundidad. No solo impacto académico, sino resonancia humana. Trascendencia en la comunidad a la que nos debemos**.

Nada de esto será posible sin un compromiso colectivo. La excelencia no es el destino de unos cuantos, sino la obra paciente de una comunidad que se exige, se cuida y se inspira mutuamente.

Queremos pedir a las investigadoras e investigadores de nuestra Universidad que no se cierren en sus disciplinas, grupos o Institutos, que busquen conexiones, que compartan sus hallazgos no solo en congresos, sino en el aula y fuera de ellas. Que divulguen y transfieran estos hallazgos a la sociedad.

Queremos pedir a las y los docentes que no teman al cambio, que revisen sus métodos, que inviten al pensamiento crítico, que se abran al conocimiento vivo siempre contrastado. Siempre basado en la ciencia que es la única verdad.

Y queremos pedir a nuestros estudiantes que no se conformen con aprobar, sino que aspiren a comprender para transformar. Que vean en sus docentes e investigadores no autoridades, sino guías para una vida intelectualmente plena.

Pero, además, queremos hacer un llamamiento en defensa de la autonomía universitaria, en defensa de nuestra capacidad de autogobierno. El ejemplo del ultraje del errático gobierno ultraconservador norteamericano a la autonomía de insignes universidades como la de Harvard pueden incitar a otros gobiernos a emular caminos similares mediante decretos, leyes, recortes o aprobación desmedida de universidades privadas. Cuidar de nuestras universidades públicas es cuidar del capital humano de nuestro país, amar a sus gentes y buscar el interés común. Y en general, no hay ningún motivo que haga dudar de la competencia y buen hacer de las universidades públicas canarias y españolas, cuna del conocimiento y el progreso desde que en 1218 el rey Alfonso IX de León fundara la primera institución pública de enseñanza superior, la Universidad de Salamanca, y en 1998 el Gobierno de Murcia creara la última, la Universidad Politécnica de Cartagena. Hoy las 50 universidades públicas españolas acogen el 75% de los estudiantes universitarios de grado, máster y doctorado, y otras 50 privadas el 25% restante. Por ello se puede afirmar que el 75% de la docencia universitaria y más del 90% de la investigación en España se hace en las universidades públicas. Y con estos datos tampoco pretendemos rivalizar entre lo público y lo privado. Nada más lejos de mi intención.

Decía el filósofo alemán Martin Heidegger que pensar es habitar el lenguaje, pero también **cuidar del ser**. En la universidad, ese “cuidado” se expresa en cómo

DISCURSO DEL RECTOR

enseñamos y en cómo investigamos. En cómo tejemos sentido entre el conocimiento y la vida. Independientemente del nivel socioeconómico o cultural, la raza, la orientación política o la creencia religiosa de los estudiantes.

La ULPGC está llamada a ser no solo una buena universidad, sino una **universidad buena**. Que forme ciudadanos reflexivos, que produzca ciencia transformadora y que enseñe a pensar con responsabilidad e independencia.

En cada uno de nuestros actos debemos recordar siempre lo que significa enseñar, investigar y ser universidad. Donde la excelencia deja de ser una palabra abstracta, y se convierte en una práctica compartida. Poniendo de relieve que docencia e investigación, por fin, caminan juntas no por obligación, sino por convicción.